



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 21 - No. 204
ABRIL 1958

En un caprichoso concepto de derechas e izquierdas políticas, el Nacionalismo se coloca a la extrema derecha y el Socialismo y Comunismo a la extrema izquierda. Avanzando por la extrema derecha Hitler y Mussolini llegaron al Estado totalitario. Avanzando por la extrema izquierda el Comunismo soviético desembocó en el Estado totalitario. Los extremos se tocan.

Hay otras coincidencias. Hitler, Mussolini, Lenin y Stalin crearon el Estado policíaco. Los tres asombraron al mundo por sus conquistas económicas y técnicas.

Algo muy parecido aconteció en Venezuela con el régimen de Pérez Jiménez. Negar —aun reconociendo sus defectos— el brillo de las obras públicas, realizadas o iniciadas por Pérez Jiménez, sería mezquindad infantil; la represa del Guárico; la Electrificación del Caroní; el Dique seco de Puerto Cabello; las avenidas y autopistas de Caracas, La Guaira, Valencia; los teleféricos; la Panamericana, la Petroquímica, la Siderúrgica, las represas del Masparro, Boconó, Portuguesa; el puente sobre el Lago Maracaibo... Los trailers que en el extranjero se exhibían sobre la transformación de Venezuela se convertía, cada vez más, en El Dorado de las modernas generaciones aventureras...

Salta a la vista el paralelo con Rusia: los satélites; los cohetes teledirigidos; las exposiciones de maquinaria industrial; los planes quinquenales y septenales; las promociones de técnicos... son objeto de comentarios elogiosos y aun de exaltados panegíricos.

¿Es por ello más feliz la vida en la Unión Soviética, que en los países democráticos? ¿La aparente brillantez del régimen perezjimenista respondía a una prosperidad de la vida privada de los ciudadanos venezolanos?

En el caso de Pérez Jiménez la respuesta es fácil y evidente. No era feliz el pueblo; no amaba al Dictador, a quien sus aduladores se lo hicieron creer. El desempleo era extraordinario; las obras se realizaban explotando despiadadamente la mano de obra de inmigrantes, ávidos de hacer rápidamente un caudalito para retornar a su patria. La proporción de lo que por años correspondía al Ministerio de Educación de la suma total de presupuesto iba descendiendo de 17 al 5 por ciento. Es cierto que crecía la población, gracias a campañas sanitarias, iniciadas antes de la dictadura, contra la malaria, la desnutrición, la mortalidad infantil... que dieron en 1956 las siguientes consecuencias: una natalidad de 270.000, para 60.000 muertes; es decir, un aumento vegetativo de 210.000 habitantes, sin contar la inmigración. Pero el aumento de la población infantil, trafa el aumento de la población escolar. SIC denunció en plena dictadura, la existencia de 600.000 niños sin escuela. Es decir, la necesidad de 10.000 clases de 60 alumnos; por lo tanto un déficit de 10.000 maestros. Se avanzaba hacia un aumento pavoroso de analfabetismo. Otras cifras vergonzosas se podrían recoger en el aumento de la prostitución, en la agravación vertiginosa del peculado, en la mentira de la ostentosa solución de los superbloques. El pueblo no era feliz y lo dijo siempre con su actitud pasiva y despectiva ante las aclamaciones forzadas y "los desfiles de la arepa"; y de manera agresiva, cuando comenzó a despuntar la primera esperanza de la libertad. Contaba Pérez Jiménez con una ventaja sobre casi todos los dictadores de su estilo: el milagro petrolero. A pesar de todo no cumplió con la verdadera finalidad del Estado: ayudar a la prosperidad y bienestar del pueblo venezolano.

LOS EXTREMOS

SE TOCAN

¿Es feliz el pueblo ruso? Aceptando los avances técnicos del imperio soviético, puede afirmarse que se ha logrado el mejoramiento del nivel de vida de los ciudadanos rusos?

Resulta de una ironía sutil y sabia la pregunta que el Padre Lombardi dirigía a los comunistas italianos en sus célebres y victoriosas disputas en la zona roja de Milán: ¿Si toda esa prosperidad soviética es verdad ¿por qué ustedes, cuando emigran, se van a América y no a Rusia?

Las obras de portentosa eficacia material y económica, que ha realizado Rusia en sus planes quinquenales y en el plan septenal que —según sus informaciones— se lleva a cabo victoriosamente desde 1955 no son victorias del comunismo; son éxitos comunes a las dictaduras. Los Faraones hicieron las Pirámides. Pero las construyeron con esclavos. ¿Cuántos millones de esclavos, cuántos millones de personas condenadas a trabajos forzosos ha utilizado Rusia? ¿No es el Imperio soviético un gran cuartel sin libertad de prensa, sin libertad de asociación, sin libertad de expresión, donde los ciudadanos, sin el estímulo de hacer propios sus productos trabajan cuantas horas les impone el Estado, so pena de ser declarados enemigos del partido y morir de inanición en Rusia o de frío en Siberia?

Caracas hubiera preferido no poseer el Teleférico o carecer de autopistas, antes de soportar el pavor obsesionante de la Seguridad Nacional. Venezuela hubiera preferido no contar con la Panamericana, a pesar de su necesidad y excelencia, antes de padecer la vergüenza del impresionante porcentaje de sus analfabetas.

No podremos olvidar nunca, al escuchar las propagandas soviéticas, la historia espeluznante de su policía secreta, de sus purgas intermitentes y la reciente y contundente demostración de la masacre del pueblo húngaro...

En un torneo de estilos de propaganda, en la guerra fría, que prenuncia una conflagración mundial de apocalípticas consecuencias, Rusia y Estados Unidos luchan por conquistar adeptos con el deslumbramiento de sus conquistas técnicas —bélicas e industriales—.

En esa batalla espectacular de propaganda, Rusia lleva una ventaja patente: ventaja en los resultados, consecuencia de la ventaja en el método. Cuenta con una unidad prodigiosa de mando; una tendencia a la paciente meditación previa de los planes; una ductibilidad asombrosa para capitalizar toda actitud simpática, aunque sea contradictoria, toda circunstancia favorable: por ejemplo... ellos los internacionalistas son hoy nacionalistas en la América Latina, para sus fines propagandísticos contra Estados Unidos. Ello obedece a una consigna de Lenin, para quien lo moral es un concepto burgués, y lo bueno es simplemente lo que es útil o favorable al Estado. Cuenta, por fin, con la explotación del resorte del misterio y del secreto.

Estados Unidos tiene que obrar ante la publicidad más liberal y atrevida. Sus ensayos científicos difícilmente pueden alcanzar el secreto. Un fracaso es conocido inmediatamente, en el espacio de segundos, por el universo entero. Ignoramos los fracasos que tuvo Rusia en sus ensayos del satélite...

La propaganda yanqui es dispersa y difícilmente centralizada. La mentira sería delatada y descubierta por sus propios colaboradores.

USA y URSS son dos imperios. San Agustín nos dice: ¿Qué son los grandes imperios, sino grandes latrocinios? Nosotros no somos incondicionales ni de Washington ni de Moscú, sino de Roma. Pero como espectadores de ese colosal torneo de la propaganda rusa y yanqui, los primeros nos parecen más dolosos que los segundos. Sabemos lo que USA tiene y es. Ignoramos lo que de verdad o teatro se oculta tras el telón de hierro. En Estados Unidos se respeta a la persona humana. En Rusia el individuo no cuenta. No se reconoce otro valor que el Estado. Estamos más cerca de la democracia norteamericana que del totalitarismo ruso.

No debe deslumbrar a los incautos la propaganda de los avances técnicos rusos. La prueba de que se trata de un espejismo la tenemos en la apariencia externa de la Venezuela de hace unos meses, de la Venezuela de Pérez Jiménez tan admirada en el extranjero.

Si en Rusia el hombre no es respetado; si nada vale como individuo; si sólo cuenta la prosperidad del Estado, no debemos admirarnos que los comunistas italianos no emigren a Rusia, sino a Venezuela, Argentina, Brasil, Canadá o Estados Unidos.

M. A. E.